



Dr. Fernando Picó, S.J. (1941-2017)
Foto cortesía periódico *Diálogo*/Ricardo Alcaraz

FERNANDO PICÓ Y LA NUEVA HISTORIA PUERTORRIQUEÑA: UNA REFLEXIÓN INTEMPESTIVA*

Pedro L. San Miguel
Profesor Jubilado
Departamento de Historia
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

“*Desde fuera* no hay una sola crítica que pruebe nada ni comprometa a nadie. Cuando atacamos el interior de una posición, el interior de *nuestra* posición, no tiramos contra el adversario sino contra nosotros mismos. Una crítica efectiva es una autotortura. El resto es un juego”.
Cioran, *Ocaso*, 2013, 294

“Eso debe ser la tradición: un instrumento, no la perpetuación de unos malhumores”.
Borges, *Textos*, 2005, 262

Palabras claves y relatos maestros de la Nueva Historia

Durante la década de los setenta del siglo pasado emergió eso que vino a llamarse Nueva Historia Puertorriqueña.¹ La misma se distinguió por ofrecer renovadas perspectivas acerca del pasado puertorriqueño. Lo hizo gracias a su incorporación de temas escasamente sondeados por los historiadores locales —referidos sobre todo a la historia económica y social—, a la consulta de fuentes inexploradas, a su uso de técnicas de investigación virtualmente ausentes, hasta entonces, en los estudios históricos puertorriqueños, como los métodos cuantitativos, y al empleo de enfoques novedosos, como la microhistoria. Todo esto fue posible debido al surgimiento de una generación de historiadores deseosa de remozar el estudio del pasado. Insuflada por teorías, enfoques y conceptos provenientes de diversas corrientes intelectuales, su aportación fue decisiva en la renovación de la historiografía puertorriqueña. Para ello, sus seguidores se inspiraron en tendencias como el marxismo —en especial en esa innovadora versión que ejemplificaron historiadores como E.P. Thompson y Eric Hobsbawm—, la “escuela francesa de los *Annales*”, la historia económica y social estadounidense —crucial en el desarrollo de la veta

cuantitativista de la Nueva Historia—, y hasta corrientes intelectuales como el dependentismo latinoamericano.² En virtud de esa confluencia de tendencias, surgió un nuevo paradigma historiográfico en Puerto Rico; gracias a él ocurrió, según Mario Cancel, el momento dorado de la historiografía local.³

Como suele ocurrir al emerger un nuevo paradigma epistemológico, la Nueva Historia incorporó al estudio del pasado un conjunto de vocablos y conceptos novedosos, incluso inusuales en el mundo académico puertorriqueño. Girando, pues, en torno a palabras claves como *clase*, *conflicto social* y *modo de producción*, la Nueva Historia se lanzó a trazar los derroteros de la sociedad puertorriqueña. Debido a la centralidad que en esa visión se le otorgó a la economía, ésta quedó transformada en lo que el sociólogo Fernando Mires ha llamado un “determinante indeterminado”.⁴ Pero resulta que eso es precisamente lo que es una *deidad*: una entidad metafísica que no es limitada ni regulada por nada fuera de sí misma, pero que, sin embargo, posee la capacidad de codificar y trazar los destinos de todo lo que le es externo. De tal modo, estudiar la historia se convertía en un tipo de revelación.

Mas habría que hacer matizaciones porque lo cierto es que la Nueva Historia estuvo lejos de ser homogénea: constituyó más bien un *campo de fuerza cultural* en el cual convergieron varias tendencias. Lo que no impidió, sin embargo, que existiera en ella un núcleo fuerte, constituido por aquellas versiones que adoptaron un discurso teórico duro respecto de: 1) los factores determinantes de los procesos históricos, sobre todo la economía, incluso, más concretamente, el *modo de producción*; 2) los agentes históricos protagónicos, las clases sociales, ante todo; y 3) el sentido general del devenir, esto es, del fluir del tiempo y de las acciones de los humanos a lo largo de ese transcurso, por lo que abarcaba juicios acerca de lo que habían sido los agentes históricos en el pasado, de lo que eran en el presente y de cuáles debían ser sus acciones en el porvenir. Esto último resulta crucial porque implica que esa palabra clave que es la *clase social*, en virtud de su esencia teleológica, terminaba no sólo por predeterminar los comportamientos de los actores históricos —ya los trabajadores, ya la burguesía, ya los hacendados patriarcales—, sino, también, porque erigía una moral en torno a sus proyectadas actuaciones.⁵ Eso explicaría por qué en los relatos históricos en los cuales la clase social operó como *palabra clave* se privilegiase a aquellos grupos subalternos que, a juicio del historiador, poseían una mayor o más elaborada “conciencia de clase”, o que en virtud de su lugar en el sistema económico-social ocupaban una posición estratégica para socavarlo e incluso para destruirlo. Por otro lado, se disminuyeron, relegaron o proscibieron esos sectores que, desde la óptica del letrado, carecían de dicha conciencia, o que la poseían de manera “incompleta”, “falsa”,

“reducida”, “obnubilada” o “confundida”, o cuyo lugar en la estructura económico-social supuestamente los inhabilitaba para erradicarla, como el campesinado.⁶ Subalternos “enajenados”, en fin, incapaces, por ende, de cumplir esas faenas históricas que estaban ya contempladas en la *palabra clave* a partir de la cual el historiador cumplía su tarea de investigar “la historia de los sin historia”, esa “otra cara de la historia” que era, en propiedad, no la fisonomía sino la máscara o el atuendo del letrado en gesto redentor. Éste, cual Moisés, mas no con las tablas de la ley en mano sino amparado en los legajos del archivo y en la supuesta Verdad en ellos contenida, dirigía a una humanidad lacerada a un venturoso Tiempo Nuevo y a una luminosa Tierra Prometida.⁷

Por significativos que hayan sido tales designios entre los seguidores de la Nueva Historia, resulta una simplificación adscribirles a todos sus practicantes similares pretensiones. Incluso, en la Nueva Historia convergieron diversos “régimenes de historicidad”, es decir, variadas maneras de concebir las relaciones entre pasado, presente y futuro.⁸ Para constatar algunas de esas divergencias, resultarían esclarecedoras las comparaciones sistemáticas entre las figuras emblemáticas de la Nueva Historia. Dicho cotejo patentizaría, por ejemplo, que entre los novohistoriadores existieron formas heterogéneas de concebir la subalternidad. Así, para algunos de dichos historiadores el subalterno por excelencia era el obrero asalariado, sujeto social que hacía factible la elaboración de una historia épica, cuyos héroes, obviamente, eran los proletarios. Y si bien los obreros que aparecían como protagonistas en los relatos de esos historiadores eran trabajadores vinculados al agro ya que en su mayoría laboraban en las plantaciones azucareras, ellos encarnaban la expresión más moderna de las contradicciones sociales del Puerto Rico de la primera mitad del siglo XX. Los artesanos, por su parte, habrían entrado en un proceso de proletarianización y creciente sujeción al orden manufacturero, por lo que su posición estructural en el sistema económico tendía a semejarse al de los obreros cañeros.⁹ Aun así, su significación económica no comparaba con la de estos últimos, cuya estratégica ubicación en el proceso productivo los convertía en columna vertebral de la economía puertorriqueña, transformándolos en los predestinados a enfrentar a la burguesía, a abatir al capitalismo y a emprender la construcción de la igualitaria sociedad del mañana.¹⁰ De estos fines últimos se desprendería la importancia capital que, desde tal óptica, tenía el estudio del proletariado, de ese agente social *moderno* que debía cumplir una misión histórica, impresa de antemano por ese “determinante indeterminado” que resultaría ser la economía.

Los proletarios, en fin, eran historiables debido a que fungían como los potenciales hacedores del futuro. Como implicación de tal lógica —derivada de esa palabra clave que es la *clase social*—, los demás

sectores subalternos quedaban reducidos a mero detritus histórico ya que, debido a su posición en la estructura económica, a su condición “objetiva” en ella, eran incapaces de desarrollar luchas que pusieran en jaque al sistema capitalista, emprendiendo así la construcción de la utópica sociedad del futuro. Campesinos, esclavos o artesanos ocupaban algún papel en esos relatos en la medida en que, inducidas por las transformaciones económicas, sus condiciones materiales —las “relaciones sociales de producción” que enmarcaban su trabajo y sus vidas— tendían a definirse en sentido capitalista, por lo que el destino de dichos sectores radicaría en nutrir las filas del proletariado. Del campesino, pues, se presumía que perdería su acceso a la tierra, mutándose primero en “agregado”, adquiriendo luego la condición de “jornalero” o de “peón de hacienda” —categorías que implicaban la mercantilización de su fuerza de trabajo, pero que denotaban cierta sujeción a ese “feudalismo” que, alegadamente, caracterizaba la economía puertorriqueña del siglo XIX—, para eventualmente terminar convertido en asalariado. Trasiego similar debían seguir los esclavos, quienes también acabarían sumados a la clase obrera o, a lo sumo, al artesanado ciudadano, por lo que en algún momento también engrosarían al proletariado como resultado del avance del capitalismo; de no ocurrir así, posiblemente quedarían sumados al “lumpenproletariado” urbano.

Campesinos, artesanos, esclavos y libertos eran relevantes en dicha teleología social en tanto que eran antecesores históricos de la clase fundamental, el proletariado. Y si bien esos predecesores sufrían explotación, injusticias y atropellos, sus desgracias colectivas comprendían una especie de resarcimiento histórico: su desaparición como sector social conllevaría el fortalecimiento del proletariado, que potenciaría las luchas contra el capitalismo y “la explotación del hombre por el hombre” en general. De tal suerte, este tipo de interpretación no es sino una variante más del metarrelato de la modernidad, de esa concepción que preconiza el “progreso” capitalista ya que el mismo constituiría una condición necesaria para engendrar al agente histórico, el proletariado, capaz de enfrentar y derrotar al capitalismo, y, con ello, de emprender la construcción de la Utopía. Se trata de una interpretación en la que el presente termina asordinado por el futuro, tiempo histórico que opera en este tipo de concepción como la época fundamental, como la primordial Era Imaginaria: ella determina tanto las nociones acerca del presente como las interpretaciones que se elaboran sobre el pasado.¹¹

“Entrar y salir de la modernidad”: Subalternos y resistencias cotidianas

Fernando Picó estuvo lejos de suscribir tal concepción histórica.¹² Ciertamente, hubo momentos en que tendió a aproximarse a ella, principalmente en *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX*, obra en la cual examina cómo diversos grupos sociales del Utuado de antes del café nutrieron las filas de los “jornaleros”.¹³ No obstante, lo que parecerían ser los albores del proletariado quedan refrenados por ciertas prácticas sociales, propias de una sociedad “estanciera” en vías de transformación debido a la comercialización de la tierra, del trabajo, de la naturaleza y de las relaciones humanas, pero que retenía muchas de las solidaridades de antaño. Tales lealtades, basadas en eso que antropólogos y sociólogos denominan “relaciones primarias” —el parentesco, ante todo—, contribuyeron a moderar los efectos perniciosos de las fuerzas económicas que propendían a la desposesión de los pequeños propietarios y de las disposiciones gubernamentales —como la “ley de la libreta” — que buscaron atar a los campesinos empobrecidos a los hacendados, así como someterlos a la autoridad estatal.

Las interpretaciones de Picó en *Libertad y servidumbre* —que considero la obra maestra de la historiografía puertorriqueña— sentaron las pautas de sus obras posteriores. Por un lado, en ella se privilegian esas que James Scott denominó “armas del débil”, que a diferencia de las rebeldías abiertas —la revuelta esclava o la huelga proletaria, por ejemplo— se basan en las “resistencias cotidianas”.¹⁴ Desde esa obra inaugural hasta su más reciente producción historiográfica, tales han sido las acciones que ha resaltado Picó. Y esto constituye uno de los rasgos distintivos de su obra, distinguiéndola de aquella vertiente de la Nueva Historia dedicada a rastrear principalmente las instancias más enardecidas de las luchas de los dominados. Así, pese a la vastedad de la obra de Picó y a la centralidad que en la misma ocupan los sectores subalternos, en ella las rebeliones, las sublevaciones, las huelgas, las protestas y las demás formas de resistencia desembozada ocupan un papel más bien marginal. Tal concepción tiende a coincidir —y no por casualidad— con los postulados centrales de Scott, quien ha insistido en que a lo largo de la historia los subalternos han recurrido a la rebelión o a la oposición directa y manifiesta sólo en circunstancias extraordinarias; comúnmente, apelan más bien a esas “artes de la resistencia” que conllevan poner a prueba los esquemas de dominación, en la cotidianidad, mediante artimañas, tretas, disimulos, argucias y artificios de todo tipo.¹⁵

Otro aspecto distintivo de Picó radica en su estudio, sobre todo, de esos que podrían considerarse subalternos premodernos o antimodernos. En efecto, en su obra ocupan espacios significativos aquellos grupos

que pueden concebirse como los residuos, los despojos o los vestigios de la modernización, incluso esos “deshechos” de la modernidad capitalista conceptuados como “lumpenproletarios”. Así, en *Los gallos peleados* quienes ocupan el centro de atención no son los jornaleros ni los pequeños caficultores —como había sido el caso en *Libertad y servidumbre* y *Amargo café*, respectivamente—, quienes, si bien despojados por los poderosos —ya de su fuerza de trabajo, ya de sus cosechas—, ocuparon lugares definidos y significativos en la economía agroexportadora, sino quienes quedaron totalmente olvidados y marginados en medio del auge del café.¹⁶ En ese libro Picó posa su mirada sobre aquellos grupos que ni siquiera eran explotados por los potentados, terratenientes o comerciantes, sino sobre quienes quedaron convertidos en despojos sociales, arrinconados porque no parecían cumplir ninguno de los roles que, en medio del auge cafetalero, se asignaron a los diversos componentes humanos del interior de la isla de Puerto Rico.

Vivir en Caimito, obra publicada en 1989, y *El día menos pensado*, de 1994, reiteran el tema de la marginalidad social.¹⁷ Entre ambos textos, por otro lado, existen hilos comunicantes, perceptibles en su lectura entrelíneas, en las declaraciones que aquí y allá brinda el autor en ambas obras, y en la información —conocimiento privilegiado, sin duda— que recibimos algunos del mismo autor en esos años aciagos en los cuales su vocación religiosa y su sensibilidad social le llevaron a identificarse con esa otra comunidad “en vilo” que es Caimito. Ni totalmente urbana, ni tampoco cabalmente rural, debido al crecimiento de la mancha citadina, la que se fue apoderando inexorablemente de su entorno, esa pequeña comunidad riopedrense funge en la obra de Picó como muestra fehaciente —incluso como evidencia *vivida*— de cómo la modernidad, en medio de sus deslumbramientos y sus ostentosas urbanizaciones, literalmente arrincona y criminaliza a quienes, alegadamente, son incapaces de —o se resisten a— aceptar los estilos de vida y los valores del Puerto Rico del “progreso”, encarnado en sus fatuos pequeñoburgueses y sus pretenciosas clases medias. Valorada no en calidad de “comunidad especial” —término que, a mi modo de ver, encierra una profunda mirada paternalista o matriarcal y, por lo tanto, condescendiente—, el Caimito de Picó opera como una sinécdoque, como un símbolo que, como decía el historiador mexicano Luis González respecto de su amado pueblo San José de Gracia, podría constituir la insignificancia absoluta, mas, pese a ello, podría ser la insignificancia representativa.¹⁸ Caimito se puede concebir, por ende, como emblema de numerosas comunidades puertorriqueñas contemporáneas que —utilizando los términos del sociólogo Néstor García Canclini— son microsociedades “híbridas” ya que constantemente entran y salen de la modernidad.¹⁹

Como crítica a la modernidad, en especial a su versión punitiva,

se puede comprender *El día menos pensado*, obra en la cual Picó pretende evidenciar algunos de los fracasos más patentes de los modelos disciplinarios contemporáneos. En este libro se argumenta que la cárcel —aparato de castigo eminentemente moderno, como recalcó Foucault²⁰—, lejos de constituir un medio de readaptación social —como no se cansa de invocar cierto discurso oficial—, constituye un sistema totalmente perverso ya que, en vez de rehabilitar, contribuye a magnificar la delincuencia y la criminalidad, así como a segregar más a quienes ya viven diversas formas de marginación. No sirve, por ende, ni a los reclusos ni a los miembros de esa “libre comunidad” en cuya protección, alegadamente, se han instituido los regímenes carcelarios de las sociedades modernas. Para decirlo brevemente, entre *Vivir en Caimito* y *El día menos pensado* existe un potente diálogo: ambas obras constituyen indignados alegatos en contra de una modernidad que, primero, margina a quienes no logran o no pueden o no quieren insertarse en las corrientes económicas, sociales y culturales dominantes; y, segundo, castiga y encierra a aquellos que violentan las legalidades de esa modernidad, la que ha sido incapaz de adjudicar equitativamente sus supuestas bienandanzas.

Las tensiones entre premodernidad/ modernidad aparecen insistentemente en la obra de Picó. De tal suerte, las oposiciones entre las tendencias modernizadoras y las resistencias que los subalternos, en la cotidianidad, oponen a las primeras quedan plasmadas, de variadas maneras, en la mayoría de las investigaciones de Picó, incluso en aquellas dedicadas a temas urbanos.²¹ En estas últimas, al igual que en las que abordan asuntos vinculados con las formas de vida rurales o las interacciones entre lo rural y lo citadino, aparece de manera insistente —si bien con frecuencia de formas veladas— el tema de las resistencias subalternas a los aires modernizadores, sobre todo a los provenientes del Estado, de los poderes fácticos de la sociedad o de las fuerzas económicas. Con todo, Picó está lejos de esa visión rosada del mundo rural que históricamente ha caracterizado a los *jibaristas* del patio, sean literatos, historiadores o cantantes de “nueva trova”.²² Lo que no implica que se haya mantenido totalmente ajeno a las idealizaciones o a ofrecer imágenes amables de algunos de los protagonistas de sus narraciones históricas. Muestra de esto es su libro sobre Cayey, municipio tan cercano a los afectos personales del autor en virtud de sus lazos familiares con el mismo —esto pese a ser oriundo de ese espacio fieramente citadino que es Santurce. Cayey opera en el imaginario histórico picosiano —¿o sería preferible decir “picosino”?— como emblema de esas solidaridades tradicionales, premodernas en muchos sentidos, afincadas en los lazos familiares y el parentesco, y que han sido fuertemente vapuleadas y debilitadas, aunque no totalmente avasalladas, por las fuerzas disgregadoras de la modernidad. Y cumple esa función pese a que al adentrarse en la

historia moderna de Cayey el autor muestra cómo ese municipio también ha padecido los desgarramientos de la modernidad, como evidencia su narración en torno a las agrias pugnas políticas en el mismo.

Subalternidades, teleología y “nostalgia por el pasado”

No estimo necesario efectuar un inventario completo de la obra de Picó. Sí debo puntualizar aquellos aspectos que, a mi entender, la distinguen de las obras de esos miembros de la Nueva Historia que se aproximaron al estudio del pasado a partir de esa noción pétrea de la subalternidad que es la *clase social*. Esta concepción se basa en un corte horizontal al interior de las subalternidades; la de Picó se sustenta, por el contrario, en un corte vertical, que puede abarcar tanto al obrero como a esos sujetos sociales que quedan fuera de las estrictas demarcaciones, económicamente determinadas, que implican la noción de clase social. Picó, pese a que ha intervenido de manera amplia, historiográficamente, en los predios de la subalternidad, se ha mantenido fuera de ese campo discursivo y conceptual. La suya ha sido una subalternidad, no dulce, tranquila o apacible —no ha sido modelada, en fin, a partir del *jibarismo* de poetas y “músicos de protesta”—, pero sí dúctil, maleable, elástica, sin límites estrictamente definidos. Pero, sobre todo, es la suya una concepción alejada de los relatos teleológicos y hasta escatológicos, los que tienden a asignarles tareas —en el pasado, el presente o el futuro— a los subalternos. De las diversas investigaciones de Picó —en las que, por descontado, las clases y los sectores populares padecen desolaciones y tribulaciones— no se desprende la noción de que quienes así sufren tengan, por designio de alguna todopoderosa fuerza histórica, que redimir a la sociedad. En su obra no percibo la concepción de que los subalternos —ya sean esclavos, libertos, campesinos, artesanos, proletarios, marginados, mendigos, desclasados, presidiarios o hasta estudiantes universitarios— deban cargar con la titánica faena de emancipar, salvar o liberar a su propio sector social, o incluso al conjunto de la sociedad.

De lo anterior resulta que pueden coexistir variadas formas de aproximarse al pasado de los subalternos, de esos sectores que ocupan posiciones de subordinación y explotación.²³ Sugestionado, pues, por el análisis de Carlos Illades sobre la novela social, afirmarí que en el seno de la Nueva Historia coexistieron al menos dos vertientes de estudio de la subalternidad. La primera estaría representada por Picó, y que Illades, refiriéndose a la novela social, calificaría de “descriptiva”, pero que yo prefiero denominar *analítica*, que se centraría en la vida y las mentalidades de los agentes sociales, ateniéndose a su historicidad, a sus condiciones concretas de existencia y supervivencia en el momento estudiado, sin pretender que dichos sujetos tengan una futura agenda

colectiva que cumplir. La segunda vertiente sería una *historiografía social ideológica*, la cual, a diferencia de la anterior, tendría como prioridad identificar patrones, esquemas y fuerzas históricas que posibilitasen la elaboración o la exposición de “conceptos morales [o] programas”, a nombre de “doctrinas reformadoras”, con la intención de “ejercer alguna influencia en el espíritu del público”.²⁴ De tal forma, esta última no distinguiría propiamente entre el “campo historiográfico” y el ámbito político. Así que, al abordar la subalternidad, la Nueva Historia osciló entre los polos narrativos de la dimensión épica de la clase social —en concreto, de la clase obrera—, por lo que destacó su activismo social y político así como sus determinantes estructurales —de naturaleza económica, principalmente—, y, por el otro lado, el de las “resistencias cotidianas”, sustentado en una concepción de la subalternidad que, sin negarla del todo, no se circunscribía a la versión dura de esa palabra clave que es la *clase social*. Picó ha operado desde la segunda versión. Recurriendo a las propuestas efectuadas por Eric Hobsbawm en los 1950s en torno a los movimientos sociales, se podría decir que mientras ciertos historiadores se dedicaron a estudiar los movimientos sociales modernos, los que adquirirían estructura y expresión en sindicatos, uniones y partidos políticos, logrando incluso presencia en los organismos estatales, Picó ha estudiado a esos que el renombrado historiador británico denominó “rebeldes primitivos”, cuyas luchas y resistencias carecerían de los rasgos modernos de los anteriores.²⁵

Por demás, su visión de la subalternidad entronca con esa expresión de la historiografía romántica que encuentra en el historiador francés Jules Michelet a uno de sus máximos exponentes.²⁶ Quizás ni siquiera sea mera casualidad —“las casualidades no existen ni en el Vaticano”, leí o escuché en ocasión que no puedo precisar— que tanto Michelet como Picó hayan tenido un marcado interés por la Edad Media, época que entre numerosos pensadores, escritores y artistas ha actuado como fuente de inspiración en virtud, precisamente, de su alegado espíritu *pre-moderno*. De tal suerte, el Medioevo y sus símbolos fueron ampliamente usados por los románticos, muchos de los cuales eran profundamente antimodernos, antiilustrados e incluso anticapitalistas, para contraponerlos a una modernidad que arrasaba con un mundo tradicional, supuestamente ajeno a tales fuerzas destructivas.²⁷ Como Michelet respecto de la Edad Media y de ese ente que, con arrobo cuasirreligioso, el mismo historiador francés llamó el Pueblo, Picó se ha aproximado a la historia de los sectores subalternos desde esa visión mirífica que desarrolló acerca del pasado de Puerto Rico, allá a principios de la década de los setenta del siglo XX, cuando se vio compelido a enseñar un curso sobre historia puertorriqueña en la Universidad de Fordham. Lo cito, que sus palabras no tienen desperdicio:

Con los estudiantes [de Fordham] aprendí a conocer a Moca así: como un *sitio maravilloso y legendario*. [...] de los estudiantes cansados de los trenes subterráneos y de las guaguas del Bronx y de Manhattan aprendí a ver que [Moca y Ceiba y Salinas y Barceloneta] eran *lugares hechizados*; llegué a conocer en la anciana canosa y titubeante de la acera a una cacica exiliada de Guanamá, y en el muchacho rockero, al heredero de *palacios encantados* de Camuy. Era la etapa de *enamoramiento* con la historia de mi país.²⁸

En este relato de arrobamiento, de raptó y de embeleso, pasado y presente se funden, dejando de constituir épocas discretas y distintivas, cada una con peculiares características y signos, compenetrándose en una sola Era Imaginaria que, como el Aleph de Borges, contendría los esenciales tiempos puertorriqueños. No obstante, en esa fusión temporal efectuada por Picó está ausente el tiempo por venir, el futuro. Sus alusiones se limitan a un pasado fantástico y al presente. En este último, además, el subterráneo neoyorquino ostenta una presencia espectral: en la elaboración discursiva de Picó, este emblema de la modernidad funge casi como una tétrica bestia medieval.

Años más tarde, dedicado de lleno a la historia puertorriqueña, Picó, como Michelet, se dedicó con ahínco a estudiar a los subalternos en sus múltiples manifestaciones: campesinos, jornaleros, agregados, esclavos, pordioseros, pobres de solemnidad, habitantes de comunidades marginadas, presidiarios, incluso estudiantes universitarios. Siguiendo la sugerencia del estudiante Rodney Lebrón Rivera, se puede alegar que Picó ha compuesto una “polifonía” de la subalternidad.²⁹ Y esto lo ha hecho, creo, ya que entre los subalternos identifica una serie de valores, de éticas de vida, de solidaridades y de lealtades singulares, posiblemente ausentes en otros sectores sociales. Sin reparos, se podría afirmar acerca de él lo que sobre sí mismo alegó Michelet: que encontró en el pueblo “una riqueza de sentimientos y una calidad humana muy raras entre las clases adineradas”.³⁰ De ello se desprendería la noción, implícita en ese hermoso y revelador Prefacio de su *Historia general de Puerto Rico*, de que los sectores subalternos serían algo así como la reserva moral de la sociedad puertorriqueña, patente en su empecinada capacidad para enfrentar los esquemas de los grupos de poder, recurriendo como medio defensivo a las “resistencias cotidianas”, a ese “fue sin querer queriendo” —el Chavo del Ocho *dixit*— que constituiría la esencia de las “armas del débil”.

De tal suerte, las obras de Picó se pueden leer como alegorías en las cuales se efectúan invectivas en contra de los procesos de modernización que denigran o ultrajan a los seres humanos, de forma especial a los débiles y los subalternos. De ahí se desprende su énfasis en los lazos de solidaridad afincados no en criterios clasistas, sino en esas

relaciones primarias derivadas del parentesco, las vecindades, las identidades comunitarias y las afinidades electivas, como la amistad y el compadrazgo. Dichas solidaridades, que tienden a primar en esas que son concebidas como “sociedades tradicionales” —de las cuales el Occidente medieval constituiría un ejemplo emblemático—, habrían matizado fuertemente las que, en términos estrictamente económicos, serían “relaciones de clase”. Así, en *Libertad y servidumbre* Picó señala que fue frecuente que los parientes que poseían alguna tierra socorrieran a sus familiares menos afortunados, clasificados como jornaleros por carecer de acceso a la misma. De tal forma, numerosos campesinos desposeídos se libraron de la ominosa “libreta de jornalero” gracias a que sus parientes les arrendaron o les vendieron pequeños predios en condiciones favorables. En este esquema, la relación primaria “tradicional” termina sobreimponiéndose e incluso suprimiendo a lo que serían relaciones estrictamente económicas; modernas, pues. Para decirlo de otra forma, lo premoderno —conceptuado como éticamente superior— quizás no derrota, en desigual combate, a lo moderno, mas sí sería capaz de zarandearlo y de eludir algunas de sus feroces dentelladas. Debido a esta perspectiva, que recorre su obra historiográfica, se puede alegar que Picó exhibe un tipo de “nostalgia por el pasado”. O al menos por determinados aspectos del pasado, sobre todo de aquellos que el autor considera que son superiores, desde su perspectiva piadosa, a las relaciones sociales impulsadas por la modernidad, la que habría erosionado formas de vida, mentalidades y “concepciones de mundo” menos callosas y lacerantes que las del presente.

¿Un historiador conservador?

¿Quiere esto decir que Picó asume una visión melancólica en torno al tiempo pasado, que en vez de una fuga utópica hacia el futuro proponga ese “volver al pasado” que suele caracterizar a las ideologías conservadoras? ¿Es Picó, en esencia, un historiador conservador, cuyos trabajos en torno a las subalternidades no serían sino una mampara retórica? De ser así, ¿no ofrecería Picó una adaptación historiográfica de ese catolicismo tradicionalista, casi místico, que apela a los “necesitados” como mera coartada para apuntalar sus conservadoras posturas sociales? ¿No será Picó, por ejemplo, sino una versión criolla de Chateaubriand, uno de los fundadores del romanticismo debido, precisamente, a su catolicismo conservador, puntal de sus invectivas contra la modernidad capitalista y las corrientes democráticas que insuflaban a la sociedad francesa en las primeras décadas del siglo XIX?³¹

Al respecto, hago una afirmación taxativa que no deje duda alguna acerca de lo que pienso. Pese a que, en efecto, percibo en su obra una

suerte de añoranza por ciertas formas pretéritas de vida —¿y cuántos de nosotros, al menos de los que peinamos canas, estamos totalmente exentos de ello?—, lo cierto es que Picó está muy lejos, remotamente lejos, de ofrecer una visión edulcorada, rosada o idealizada del pasado. Son varios los ejemplos que se pueden ofrecer para evidenciar que en su obra hay cuestionamientos, condenas y denuncias categóricas contra numerosos aspectos de los ayeres de Puerto Rico. Señalo someramente unos pocos de esos casos. Uno de los más importantes es, por supuesto, sus cuestionamientos a esa elaboración tradicional —por llamarla de alguna forma— que prevaleció durante décadas acerca del mundo rural puertorriqueño, visión en la cual se condenaba con fiereza al sector de la caña y del azúcar mientras que, por otro lado, el cafetal aparecía como un espacio amable, benigno y acogedor. Esta concepción, como han evidenciado tanto investigadores del campo histórico como del literario y cultural, se sustenta en consideraciones ideológicas, razón por la cual el cañaveral se construyó esencialmente como una amenaza a la identidad nacional.³² En contraposición, el mundo del café se erigió en baluarte de la puertorriqueñidad. Posiblemente, Picó, más que ningún otro intelectual de Puerto Rico del siglo XX, ha contribuido a echar por tierra este mito dicotómico acerca del pasado. Si algo demuestra su ciclo de obras en torno a la historia del café es que este cultivo contribuyó —para recuperar sus propios términos— a deshumanizar el trabajo y a cosificar la naturaleza, transformando a uno y a otra en mercancías, sometidas a los vaivenes del mercado.³³ Su efecto fue la degradación del medio natural y el envilecimiento de los campesinos y los trabajadores de aquellas regiones de la Isla donde el café se convirtió en mercancía de exportación.

Otro ejemplo de la ausencia en Picó de una idealización conservadora del pasado lo encontramos en sus intervenciones en torno a la historia de la familia en Puerto Rico. Habrá quien asuma que éste constituye un tema marginal en su obra; yo percibo, por el contrario, que es un asunto que la recorre de manera persistente y que, además, constituye una cuestión nodal dentro de su visión sobre la evolución histórica de la sociedad puertorriqueña. A veces el tema de la familia aparece en sus investigaciones explícitamente; otras, de manera implícita o hasta subrepticamente; pero es un asunto recurrente en el conjunto de su obra. Asimismo, en ocasiones aborda este tema desde ópticas antropológicas o sociológicas, mientras que otras veces lo hace desde perspectivas demográficas, recurriendo incluso a las técnicas de la cuantificación. Mas sea cual sea el ropaje que adopte en cada contexto particular, su aproximación al tema de la familia ha estado marcada por el empeño de derribar una serie de mitos —éstos sí, de honda tesitura conservadora— que permean los debates en Puerto Rico en torno a

dicha institución, proclamada por gobernantes, líderes comunitarios, matronas y patriarcas de la puertorriqueñidad, y jefes religiosos de toda calaña como “baluarte de la sociedad”. Como axioma, se argumenta que buena parte de los “males sociales” del presente —incluyendo la drogadicción, la criminalidad, la falta de moralidad y, por supuesto, las “perversiones y las desviaciones sexuales”— son efectos de la disolución, la degeneración o el descarrío de la “familia puertorriqueña”. Es ésta, sin duda alguna, una fórmula firmemente anclada en los credos más conservadores, los que asumen que la familia *es y debe ser* la compuesta por el papá, la mamá y los nenes y las nenas; es decir, esa que los manuales de Antropología y Sociología llaman familia nuclear. Por otro lado, dicha concepción parte de la premisa de que en *el pasado* —el que nunca es debidamente identificado— existía una situación idílica debido a que en ese entonces indeterminado sí prevalecía tal modelo familiar. De tal suerte, existiría en ese pasado —mítico a todas luces— una relación simbiótica entre familia y valores: la familia nuclear sostenía los valores y, por el otro lado, esos valores sustentaban dicho esquema familiar. Mas al derrumbarse esa relación entre familia y valores —lo que habría, supuestamente, ocurrido en el presente—, ambos habrían quedado a la deriva. Y esto explicaría, culmina esta lógica implacable, en la actual “crisis social”.

Picó ha socavado esta caricatura de la historia puertorriqueña, por ejemplo, mediante un cotejo de lo que sería la hipótesis de dicha visión con la evidencia que arrojan las fuentes acerca del siglo XIX en torno a las familias puertorriqueñas.³⁴ Y lo que encuentra es que la situación era muy disímil a la que propone esa visión idílica, propugnada por los vehementes guardianes de “los valores familiares”. En la centuria decimonónica había una gran cantidad de unidades domésticas que distaban del modelo de la familia nuclear; entonces había también su proporción, nada despreciable, de “familias rotas”, de grupos familiares de padre ausente y que eran encabezados por una mujer —madres, abuelas, tías o madrinas solteras—, y de otras variedades de arreglos parentales. Esta inquietud de Picó por desbancar esa percepción sobre la familia, a brazo partido defendida por las “buenas conciencias”, resulta particularmente significativa debido al valor simbólico que tiene esta institución en el pensamiento social. En efecto, en las ideologías y las discursivas sociales ésta suele operar como una sinécdoque del conjunto de la sociedad y de sus instituciones. Para iluminar esto sólo habría que pensar en los usos que se han hecho del término “gran familia puertorriqueña”. Así que al socavar la idea de que en algún momento del pasado existió tal cosa como una situación idónea en lo que a la institución de la familia se refiere, Picó estaría asestando una certera estocada al corazón del conservadurismo puertorriqueño.

“Nostalgia del pasado”, Buen Salvaje y Utopismo

Lo anterior sugiere que valorar el pasado o aspectos concretos de él no implica, inevitablemente, una visión conservadora. No lo es en la medida en que el presente no es, indefectiblemente, superior o mejor, éticamente, que el pasado. Asumir que sí lo es se fundamenta en una visión ingenua o acrítica del presente, o en una adhesión igualmente superficial a la idea del progreso, la que sostiene, precisamente, que lo actual, por el mero hecho de serlo, siempre es superior a los tiempos idos. Tal tipo de percepción termina por claudicar ante el presente, por lo que tiende a sustentar el orden imperante. Por su parte, la visión conservadora radica en valorar “lo anterior” como superior por el hecho mismo de ser precedente. Esa visión concibe al presente como mera degradación de un pasado glorioso, sano, íntegro o virtuoso.

A la luz de lo señalado, ¿cómo podríamos clasificar la obra historiográfica de Picó? ¿Cómo hacerlo sin caer en reduccionismos ni en etiquetas, dado que él mismo fue tan alérgico a los rótulos, los estereotipos y las fórmulas simplificadoras? A riesgo de caer en esos pecados —y si lo hago, que sean al menos veniales, que no capitales—, propondría que en la obra de Picó existe una tensión entre, por un lado, una aproximación analítica y racionalista al pasado, y, por otro lado, una cierta nostalgia, no hacia su totalidad, pero sí hacia aspectos determinados del mismo. Y es que, como ha dicho E.M. Cioran, “nuestros sueños sobreviven a nuestros despertares y a nuestros análisis”.³⁵ Que así ocurra en la obra historiográfica de Picó no debe extrañarnos. Ello es un ejemplo adicional de esa dimensión mítica que, de acuerdo a Hayden White, adopta toda gran obra histórica.³⁶ O, para quienes abominan de este último autor, podría invocar igualmente a Jorge Luis Borges, quien afirmaba: “La mitología no es una vanidad de los diccionarios [sino] un eterno hábito de las almas”.³⁷

De manera más concreta, podría afirmarse que la visión de Picó de los sectores subalternos es esencialmente rousseauiana.³⁸ Quien haya leído con detenimiento al menos parte de su obra se habrá percatado de que nuestro historiador es reacto a incursionar en abstractas consideraciones filosóficas o a dilucidar cuestiones teórico-conceptuales. En esto se diferencia diametralmente, por ejemplo, de otros novohistoriadores, quienes acuñaron o emplearon conceptos de enjundia y calado; así lo ilustran términos como “lucha política triangular”, “*Weltanschauung* señorial”, y hasta “modo de producción”, “feudalismo” y “economía natural”. Picó, aunque aquí y allá ha hecho alguna incursión en los meandros de las grandes teorías sociales e historiográficas —Foucault incluido—, ha sido más bien parco en sus propuestas conceptuales;

incluso, ha expresado reservas en torno a las filigranas teóricas.³⁹ Pese a sus expresas o tácitas reticencias ante la teorización, resulta que Picó, como cualquier otro historiador, no está exento de las dimensiones metanarrativas o filosóficas del discurso histórico. Es por ello que percibo en su obra un dejo rousseauiano según el cual los subalternos son seres esencialmente buenos, cuya virtud original es modificada por la sociedad y sus instituciones, trátense de las fuerzas del mercado o del Estado. De ello resultaría que a la historiografía de Picó le subyace la visión del Buen Salvaje, de ese noble y simple ser que padece, como en el relato bíblico, una especie de caída. Picó, como Rousseau, concibe que existe una verdad que puede ser encontrada o revelada gracias al uso de la razón —de aquí se desprende la relevancia de la investigación histórica—, pero “hurgando también en el corazón del hombre simple y no corrompido, el salvaje noble, o el niño o quienquiera que fuera”. De esa interacción entre razón y humanidad se derivaría un tipo de norma ética, lo que implicaría tratar de vivir “de acuerdo a ella”; de ahí proveniría esa “nostalgia por el pasado” a la que he aludido. Mas esto, apunta Isaiah Berlin, “no se distingue de lo que decían los profetas hebreos, ni de lo que ha dicho todo predicador cristiano que haya predicado contra la sofisticada corrupción de las grandes ciudades, y el distanciamiento de Dios que ocurre en dichos lugares”.⁴⁰

Por vía de Rousseau, pasando por Michelet, la visión histórica de Picó queda enroscada con el cristianismo y con su relato salvífico —lo que, por supuesto, no debería sorprender a quien conozca el trasfondo religioso de este historiador. En virtud de este sustrato piadoso, podría esperarse que de su obra se desprendiera un enfoque totalizador del devenir histórico; es decir, una concepción en la que pasado, presente y futuro quedaran, más que entrelazados, trabados como una sola unidad en la cual el porvenir —donde se ubicaría la “salvación”— brindase la clave para comprender el sentido general de dicha interrelación. El arquetipo de tal tipo de esquema lo constituye, por supuesto, la concepción judeo-cristiano del tiempo, perceptible incluso en versiones cuyas alegadamente laicas, como las filosofías hegeliana y marxista de la historia.⁴¹ No obstante, la obra de Picó está exenta de tal figuración del transcurrir de los humanos en el tiempo; pese a su fe religiosa, el relato redentor queda mitigado en su obra historiográfica. En esto, irónicamente, Picó se diferencia de otros novohistoriadores, cuyas narraciones e interpretaciones, pretendidamente profanas y materialistas, partieron de una visión metahistórica que preconizaba un futuro de redención y emancipación. En dicha concepción, ese Mañana —con letra mayúscula— terminaba ofreciendo la clave para interpretar el pasado; en ella, el ayer se escrutaba desde el futuro, desde el final al cual se pretendía arribar. La obra historiográfica de Picó, a mi juicio, carece de esta (pre)

concepción: responde más bien a lo que podría llamar —si me permiten la veleidad teorizante— un historicismo humanista que trata de comprender a las sociedades y a los agentes o los sujetos históricos a partir de su radical especificidad. Y esto tiende a dejar fuera las concepciones teleológicas y escatológicas. Si acaso, su visión del futuro estaría inspirada en esa noción de la “vida buena” —que no es lo mismo que la “buena vida”— que propuso como meta Luis Muñoz Marín.⁴² Esto es lo que, en mi apreciación, más se aproxima en la obra historiográfica de Picó a una cierta visión teleológica, si bien sería, a tono con la concepción que la inspiraría, un alarde de utopismo *lite*.

Por ello, como paradoja adicional, resultaría que su obra es una de las versiones más seculares, tanto en sentido religioso como ideológico, de las producidas por la Nueva Historia. En ella no hay futuro, ni sagrado ni laico —es decir, no hay Utopía, ya Paraíso del Edén, ya Sociedad sin Clases—, que prescriba de forma imperativa la mirada hacia el pasado. Esta última manera de figurar la evolución de las sociedades se cimienta en eso que Manuel Cruz designa un “pensar desde el final”, que tiene entre sus premisas una identificación previa de “quiénes son los nuestros” para desde ahí construir, “remontando la corriente, la argumentación”. En este tipo de construcción histórica, la “función exclusiva del discurso [es] la legitimación teórica de quienes ya fueron consagrados [...] como los *buenos* (por ejemplo, en el sentido de atribuirles la razón histórica en alguna de sus variantes)”.⁴³ Paradójicamente, este “pensar desde el final” —aunque suele aducir su “cientificidad” o su “objetividad”, o su “apego a las fuentes” o “a lo que dicen los documentos”— constituye un verdadero “fin de la historia”. Lo es en la medida en que pretende cancelar o constreñir la contingencia, para lo cual se invocan “sistemas”, que, según Roger Bartra, propenden a la “rigidez”.⁴⁴ Y ello conlleva prefijar los comportamientos de los agentes históricos, amparándose en criterios como las determinaciones económicas, sociales, estructurales o de conciencia. Es decir, a “determinantes indeterminados”, a virtuales deidades que actúan despóticamente controlando a sus sojuzgadas criaturas.

En la obra de Picó, por el contrario, los actores de sus narraciones carecen de Grandes Faenas o de Portentosas Misiones que cumplir, por lo que sus vidas, aunque no están indeterminadas de manera absoluta —que no es lo mismo vivir en Caimito que laborar en el cafetal utuaño, ni ser un esclavo en una hacienda del Ponce decimonónico que un comerciante con establecimiento en la “capital alterna” o en el Santurce de inicios de la centuria pasada—, no quedan, en adición, sobrecargadas por los designios de esa suerte de demiurgo que es el historiador con ínfulas de Moisés redimiendo al pueblo oprimido. Porque, como en el Génesis, en “la escritura de la historia” primero es el Verbo, es decir,

la Palabra —escrita, en este caso—, que insufla aliento a unas criaturas cuyo barro primigenio son unas fuentes, moldeadas por un clónauta que las vivifica incorporándolas a sus relatos históricos.⁴⁵ Y de los diversos tipos de deidad, pocas resultan tan perversas como esas que, desde su creación, lastran a sus criaturas con quehaceres y metas que deben cumplir en aras de alcanzar o construir un refulgente futuro, versión laica de la Tierra Prometida; ello amén de cargar con el ya pesado fardo de enfrentar “la vida” en su propio tiempo. ¿Habrá, me pregunto, perversión o injusticia mayor que ésta?

En ausencia de una concepción “dura” del futuro, de una concepción en la cual este tiempo histórico actúe como polo magnético, ¿quiere esto decir que Picó posee una visión trunca del devenir; que en su visión de la historia el futuro no desempeña papel alguno? Sé que al plantear estas cuestiones me meto en “camisa de once varas”; y aclaro que abordo estos asuntos más como materias de discusión y hasta como provocaciones que como soluciones categóricas. Lo hago desde un enfoque que podría decirse inspirado en Constantino Kavafis, quien en su poema emblemático nos insta a disfrutar el viaje y sus aventuras, sin importar cuán pobre encontremos a Ítaca, su invocado destino, al final de la travesía. Así que a riesgo de que lo que propongo luzca insustancial o desproporcionado, de la concepción histórica de Picó se puede alegar que tiene puntos de contacto con la de un pensador tan singular como Walter Benjamin. Al igual que la de este pensador, la visión histórica de Picó no resulta ser una concepción posmoderna ya que, “lejos de estar «más allá de todos los relatos» [...], constituye una forma heterodoxa del relato de la emancipación”; en el caso de Picó, una versión *lite* que tiene puntos de tangencia con la noción de “vida buena” propuesta por El Vate, Muñoz Marín. Asimismo, como la de Benjamin, la concepción de la historia de Picó está afinada en fuentes religiosas —judaicas, en el caso del pensador alemán—, y recurre también a “la nostalgia del pasado como método [...] de crítica del presente”. De tal forma, ambos se distinguen por un pensamiento que “no es «moderno» [...] ni «posmoderno»”, consistiendo más bien “en una crítica moderna de la modernidad [...], inspirada en referencias culturales e históricas” premodernas, pero sin desatender los reclamos y las realidades del tiempo presente.⁴⁶ Esta forma de trabar los tiempos históricos tendría en Picó, como en el caso de Benjamin, el efecto de “tejer en el presente” la “tradición de los oprimidos”.⁴⁷ Y este tejido puede remitir a una concepción del futuro sustentada en la noción, de inspiración religiosa, de lo que el filósofo alemán Ernst Bloch apropiadamente denominó “principio esperanza”.⁴⁸

Notas

- * Una versión de este texto fue leída en el homenaje a Fernando Picó auspiciado por el Archivo General de Puerto Rico el 22 de septiembre de 2015. Agradezco a la dirección del AGPR por invitarme a presentar este trabajo en tan significativa ocasión y, en especial, al homenajeado por brindarme la oportunidad de decir estas palabras, lo que constituyó un gran honor. Este texto forma parte de un trabajo más extenso en torno a la historiografía contemporánea de Puerto Rico, que forma parte de mi libro *Intempestivas sobre Clío (Puerto Rico, el Caribe y América Latina)*.
- ¹ Silvestrini, “Perspectivas”, 1983; Dietz, “Puerto”, 1984; Negrón Portillo y Mayo Santana, “Trabajo”, 1985; García, *Historia*, 1985, esp. 40-63; Castro Arroyo, “Salvador”, 1988-1989; Scarano, “Historia”, 1993; Picó, “Historiography”, 1999, e “Historiografía”, 2012; González, “Otra”, 2005; Cancel, *Historias*, 2007, 17-56; y Lebrón Rivera, “«Nueva»”, [2014]. Agradezco a este último que me suministrara copia de su trabajo.
 - ² En torno a esas diversas corrientes historiográficas: Cardoso y Pérez Brignoli, *Métodos*, 1977, 19-87; Fontana, *Historia*, 1982, 185-246; Aróstegui, *Investigación*, 1995, 96-148; Forastieri da Silva, *História*, 2001, 169-281; y Hernández Sandoica, *Tendencias*, 2004, 151-322.
 - ³ Cancel, *Historias*, 2007, 17-56.
 - ⁴ Mires, *Discurso*, 1993.
 - ⁵ Entre los novohistoriadores, Ángel G. Quintero Rivera y Gervasio García representaron de manera más cabal esta postura. Ver: Quintero Rivera, *Conflictos*, 1976; y García y Quintero Rivera, *Desafío*, 1982.
 - ⁶ Carlos Marx mismo tenía una pésima opinión sobre el campesinado, al que en alguna ocasión calificó como la barbarie dentro de la civilización. Para él, este sector social estaba cargado de nociones pequeñoburguesas en virtud del apego del campesino a la parcela de tierra, su “medio de producción” principal en jerga marxista —en propiedad, su principal *medio de supervivencia*—, lo que lo inhabilitaría para asumir posturas revolucionarias. Irónicamente, fue el campesinado, no el proletariado —que según Marx estaba destinado a enterrar el capitalismo—, quien protagonizó las más importantes revoluciones sociales en el siglo XX. ¿Se podría considerar esto como un elocuente ejemplo de que la historia es de tal complejidad que los científicismos cartesianos, apegados a la “razón ilustrada”,

resultan insuficientes para profetizar los comportamientos de los agentes históricos? ¿Será un ejemplo de que la historia misma es “irracional”, es decir, que no sigue un plan o esquema predeterminado, por lo que no se deja cuadrricular como querrían los geómetras de la historia y de la sociedad? Sobre tales pretensiones y sus usuales desastrosos resultados, ver: Scott, *Seeing*, 1998.

- 7 Estos señalamientos en torno al concepto de *clase social* se basan en mis reflexiones sobre la historiografía estadounidense sobre México y que forman parte de mi libro “*Muchos*”, 2016.
- 8 Hartog, *Regímenes*, 2007.
- 9 Quintero Rivera, “Socialista”, 1977.
- 10 Para un exhaustivo rastreo bibliográfico de la noción de “posición económica estratégica” como criterio nodal acerca de los conflictos sociales, ver: Womack, *Posición*, 2007.
- 11 Mis señalamientos sobre los “tiempos históricos” se inspira en: Koselleck, *Futuro*, 1993; y Hartog, *Regímenes*, 2007.
- 12 Existen escasos comentarios en torno a la obra de Picó; entre los pocos existentes se encuentran: Cancel, “Aproximaciones”, 1998; y Lebrón Rivera, “Prefacio”, [2015].
- 13 Picó, *Libertad*, 1983.
- 14 Scott, *Weapons*, 1985.
- 15 Si bien Scott articuló de forma más acabada sus puntos de vista sobre los asuntos mencionados en *Weapons*, 1985, y *Domination*, 1990, los mismos ya se esbozan en su *Moral*, 1976.
- 16 Picó, *Libertad*, 1983, *Amargo*, 1981, y *Gallos*, 1983.
- 17 Picó, *Vivir*, 1989, y *Día*, 1994.
- 18 González, *Pueblo*, 1972.
- 19 García Canclini, *Culturas*, 1990.
- 20 Foucault, *Discipline*, 1979.
- 21 Entre estas últimas sobresalen: *San Fernando*, 2005, y *Santurce*, 2014.
- 22 Picó, *Filo*, 1993, *Cayeyanos*, 2007, *Jayuya*, 2010, y *Ponce*, 2012.
- 23 En torno a los conceptos *subalterno* y *subalternidad*, y acerca de este campo de estudio, ver: Guha y Spivak (eds.), *Selected*, 1988; Chaturvedi (ed.), *Mapping*, 2000; y San Miguel, “Descontento”, 2005.

- ²⁴ Illades, *Nación*, 2005, 14-15.
- ²⁵ La distinción señalada la elaboró Hobsbawm en *Primitive*, 1959.
- ²⁶ De Michelet, ver: *Pueblo*, 2005; y sobre él: Lefebvre, *Nacimiento*, 1974, 195-213; Fontana, *Historia*, 1982, 121-122; Barthes, *Michelet*, 1988; White, *Metahistoria*, 1992, 135-162; Corcuera de Mancera, *Voces*, 1997, 262-276; y Navalles Gómez, “*Petit*”, 2009.
- ²⁷ Burrow, *Historia*, 2009, 460-461. Acerca del Medioevo en el pensamiento romántico: Berlin, *Raíces*, 2015.
- ²⁸ Picó, *Historia*, 1986, 12. Itálicas mías. Como perceptivamente ha indicado Rodney Lebrón Rivera, los prefacios de los libros de Picó constituyen fuentes inestimables para escrutar las ideas, las concepciones y las figuraciones de este historiador. Sobre el particular: Lebrón Rivera, “Prefacio”, [2015]. Agradezco al autor haberme suministrado copia de este trabajo.
- ²⁹ Lebrón Rivera, “«Nueva»”, [2014], [7].
- ³⁰ Michelet, citado en: Illades, *Nación*, 2005, 14.
- ³¹ Sobre el pensamiento de este personaje en el contexto de la Francia posrevolucionaria: Breisach, *Historiography*, 1994, 238 ss; y Touchard, *Historia*, 1999, 376-378 y 397 ss.
- ³² Sobre el particular: Carrasquillo, “Reina”, 2013.
- ³³ Picó, “Deshumanización”, 1981.
- ³⁴ Amén de en sus trabajos académicos, Picó ha abordado diversas cuestiones sociales en sus intervenciones en la prensa escrita y en obras suyas como *Mano*, 1999.
- ³⁵ Cioran, *Historia*, 2012, 160.
- ³⁶ White, *Tropics*, 1986, 103-104.
- ³⁷ Borges, *Atlas*, 2005, 481.
- ³⁸ Sobre Rousseau y sus concepciones, ver: Berlin, *Raíces*, 2015, *passim*.
- ³⁹ Picó, “Narrar”, 2011.
- ⁴⁰ Berlin, *Raíces*, 2015, 88.
- ⁴¹ Kahler, *¿Qué?*, 1974, 42-87.
- ⁴² Hay elementos importantes de cómo se fue gestando esa concepción en: Rodríguez Vázquez, *Sueño*, 2004, 438 ss.
- ⁴³ Cruz, *Adiós*, 2015, 64. Este autor añade a continuación que tales

concepciones sirven de “caldo de cultivo” al sectarismo y al fundamentalismo. *Itálicas en el original.*

- ⁴⁴ Bartra, *Territorios*, 2013, 109.
- ⁴⁵ Esta imagen, lejos de constituir un exceso posmoderno, como seguramente pensarán no pocos, está inspirada en ese maravilloso ejemplo que emplea Carr —recuerdo: un historiador marxista— acerca de un oscuro suceso en la Inglaterra victoriana, cuando un vendedor callejero fue vapuleado por una muchedumbre furibunda. Carr usa este caso para ilustrar cómo es el historiador quien elabora la historia; de cómo el historiador, usando cual barro a las fuentes históricas, determina y elabora los “hechos históricos”. El caso es referido en *¿Qué?*, 1973, 16. Por cierto, Picó invocaba con frecuencia este ejemplo ofrecido por Carr como muestra del papel activo del historiador en la determinación de los “hechos históricos” significativos
- ⁴⁶ Löwy, *Walter*, 2012, 14.
- ⁴⁷ Löwy, *Walter*, 2012, 142.
- ⁴⁸ Bloch, *Principle*, 1986.

Referencias

- Aróstegui, Julio. 1995. *La investigación histórica: Teoría y método*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Barthes, Roland. 1988. *Michelet*. Trad. de Jorge Ferreiro. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bartra, Roger. 2013. *Territorios del terror y la otredad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Berlin, Isaiah. 2015. *Las raíces del romanticismo*. Ed. rev. y ampliada. Trad. de Silvina Marí. México: Taurus.
- Bloch, Ernst. 1986. *The Principle of Hope*. Trad. de Neville Plaice, Stephen Plaice y Paul Knight. 3 vols. Cambridge, MA: MIT Press.
- Borges, Jorge Luis. 2005. *Atlas*. En: *Obras completas*. 4 tomos. Buenos Aires: Emecé. III:439-490.
- . 2005. *Textos cautivos*. En: *Obras completas*. 4 tomos. Buenos Aires: Emecé. IV:223-471.
- Breisach, Ernst. 1994. *Historiography: Ancient, Medieval, and Modern*. 2^a ed. Chicago: University of Chicago Press.
- Burrow, John. 2009. *Historia de las historias: De Heródoto al siglo XX*. Trad. de Ferran Meler Ortí. Barcelona: Editorial Crítica.
- Cancel, Mario R. 1998. “Aproximaciones a la historiografía de Fernando Picó”.

- <https://www.academia.edu/3618116/Aproximaciones_a_la_historiografía_de_Fernando_Picó>.
- . 2007. *Historias marginales: Otros rostros de Jano*. Mayagüez: CePA, UPR-RUM.
- Cardoso, Ciro F.S. y Héctor Pérez Brignoli. 1977. *Los métodos de la historia: Introducción a los problemas, métodos y técnicas de la historia demográfica, económica y social*. 2ª ed. Barcelona: Editorial Crítica.
- Carr, Edward H. [1961] 1973. *¿Qué es la historia?* Trad. de Joaquín Romero Maura. 5ª ed. Barcelona: Seix Barral.
- Carrasquillo, Tania. 2013. “Reina la zafra: [Re]presentación de la sociedad azucarera en la narrativa puertorriqueña, siglos XIX y XX”. Tesis doctoral, University of Iowa.
- Castro Arroyo, María de los Ángeles. 1988-1989. “De Salvador Brau hasta la novísima historia: Un replanteamiento y una crítica”. *Op. Cit.: Revista del Centro de Investigaciones Históricas* 4:9-55.
- Chaturvedi, Vinayak, ed. 2000. *Mapping Subaltern Studies and the Postcolonial*. London/ New York: Verso/New Left Review.
- Cioran, E.M. 2012. *Historia y utopía*. Prólogo y trad. de Esther Seligson. México: Tusquets.
- . 2013. *El ocaso del pensamiento*. Trad. de Joaquín Garrigós. 1ª reimp. México: Tusquets.
- Corcuera de Mancera, Sonia. 1997. *Voces y silencios en la historia: Siglos XIX y XX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cruz, Manuel. 2014. *Adiós, historia, adiós: El abandono del pasado en el mundo actual*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Dietz, James L. 1984. “Puerto Rico’s New History”. *Latin American Research Review* 19(1):210-222.
- Fontana, Josep. 1982. *Historia: Análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Forastieri da Silva, Rogério. 2001. *História da historiografia: Capítulos para uma história das histórias da historiografia*. Bauru, SP: Editora da Universidade do Sagrado Coração.
- Foucault, Michel. 1979. *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*. New York: Vintage.
- García, Gervasio L. 1985. *Historia crítica, historia sin coartadas: Algunos problemas de la historia de Puerto Rico*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- y Ángel G. Quintero Rivera. 1982. *Desafío y solidaridad: Breve historia del movimiento obrero puertorriqueño*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- García Canclini, Néstor. 1990. *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Editorial Grijalbo.
- González, Carmen Luisa. 2005. “Otra posible mirada: Una lectura crítica de la «nueva historia» puertorriqueña”. Pp. 171-197 en *El pasado ya no es lo que era: La historia en tiempos de incertidumbre*, editado por Carlos Pabón. San Juan: Ediciones Vértigo.
- González, Luis. 1972. *Pueblo en vilo: Microhistoria de San José de Gracia*. 2ª ed. México: El Colegio de México.
- Guha, Ranajit y Gayatri Chakravorty Spivak, eds. 1988. *Selected Subaltern Studies*. New

- York/ Oxford: Oxford University Press.
- Hartog, François. 2007. *Regímenes de historicidad: Presentismo y experiencias del tiempo*. Trad. de Norma Durán y Pablo Avilés. México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia.
- Hernández Sandoica, Elena. 2004. *Tendencias historiográficas actuales: Escribir historia hoy*. Madrid: Ediciones Akal.
- Hobsbawm, Eric J. 1959. *Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movements in the 19th and 20th Centuries*. New York: W.W. Norton & Comp.
- Illades, Carlos. 2005. *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*. México: CONACULTA.
- Kahler, Erich. 1974. *¿Qué es la historia?* Trad. de Juan Almela. 2ª imp. México: Fondo de Cultura Económica.
- Koselleck, Reinhart. 1993. *Futuro pasado: Para una semántica de los tiempos históricos*. Trad. de Norberto Smilg. Barcelona: Editorial Paidós.
- Lebrón Rivera, Rodney. Inédito. [2014]. "La nueva historia como concepto paternalista en la historiografía puertorriqueña".
- . Inédito. [2015]. "El prefacio como texto de auto-ficción en los libros: *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX* y *El día menos pensado: Historia de los presidiarios en Puerto Rico (1973-1993)* de Fernando Picó".
- Lefebvre, Georges. 1974. *El nacimiento de la historiografía moderna*. Trad. Alberto Méndez. Barcelona: Editorial Martínez Roca.
- Löwy, Michael. 2012. *Walter Benjamin: Aviso de incendio. Una lectura de las tesis "Sobre el concepto de historia"*. Trad. de Horacio Pons. 2ª ed. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Michelet, Jules. 2005. *El pueblo*. Trad. de Odile Guilpain. 2ª ed. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mires, Fernando. 1993. *El discurso de la miseria, o la crisis de la sociología en América Latina*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Navalles Gómez, Jahir. 2009. "Petit prose sur le résurrection: Michelet y la nostalgia histórica". *Casa del Tiempo* IV(21):65-72.
- Negrón Portillo, Mariano y Raúl Mayo Santana. 1985. "Trabajo, producción y conflictos en el siglo XIX: Una revisión crítica de las nuevas investigaciones históricas en Puerto Rico". *Revista de Ciencias Sociales* 24(3-4):469-497.
- Picó, Fernando. 1981. *Amargo café: Los pequeños y medianos caficultores de Utuado en la segunda mitad del siglo XIX*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- . 2007. *Cayeyanos: Familias y solidaridades en la historia de Cayey*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- . 1981. "Deshumanización del trabajo, cosificación de la naturaleza: Los comienzos del café en el Utuado del siglo XIX". Pp. 187-206 en *Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX*, editado por Francisco Scarano. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- . 1994. *El día menos pensado: Historia de los presidiarios en Puerto Rico (1793-1993)*.

- Río Piedras: Ediciones Huracán.
- . 1993. *Al filo del poder: Subalternos y dominantes en Puerto Rico, 1739-1910*. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- . 1983. *Los gallos peleados*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- . 1986. *Historia general de Puerto Rico*. 3ª ed. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- . 2012. “Historiografía puertorriqueña del siglo XX”. Pp. 539-544 en *Historia de Puerto Rico*. Vol. IV de *Historia de las Antillas*, coordinado por Luis González Vales y María Dolores Luque. Madrid: CSIC/ Ediciones Doce Calles.
- . 1999. “Historiography of Puerto Rico”. Pp. 417-450 en *General History of the Caribbean*. Vol. VI: *Methodology and Historiography of the Caribbean*, editado por B.W. Higman. London/ Oxford: UNESCO/ Macmillan Education.
- . 2010. *Jayuya al centro*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- . [1979] 1983. *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX (Los jornaleros utuadeños en vísperas del auge del café)*. 3ª ed. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- . 1999. *De la mano dura a la cordura: Ensayos sobre el Estado ausente, la sociabilidad y los imaginarios puertorriqueños*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- . 2011. “Narrar a Puerto Rico”. *80grados*, 11 de noviembre. <<http://www.80grados.net/narrar-a-puerto-rico/>>.
- . 2012. *Ponce y los rostros rayados: Sociedad y esclavitud, 1800-1830*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- . 2005. *San Fernando de la Carolina: Identidades y representaciones*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- . 2014. *Santurce y las voces de su gente*. San Juan: San Juan Ciudad Patria/ Ediciones Huracán.
- . 1989. *Vivir en Caimito*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- Quintero Rivera, Ángel G. 1976. *Conflictos de clase y política en Puerto Rico*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- . 1978. “Socialista y tabaquero: La proletarización de los artesanos”. *Sin Nombre* 8(4):100-137.
- Rodríguez Vázquez, José Juan. 2004. *El sueño que no cesa: La nación deseada en el debate intelectual y político puertorriqueño, 1920-1940*. San Juan: Ediciones Callejón.
- San Miguel, Pedro L. 2005. “Descontento, protesta y resistencias subalternas: Un contexto historiográfico”. Pp. 205-236 en *Formas de descontento y movimientos sociales: Siglos XIX y XX*, coordinado por José Ronzón y Carmen Valdez. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- . 2016. *“Muchos Méxicos”: Imaginarios históricos sobre México en Estados Unidos*. México: Instituto Mora.
- Scarano, Francisco A. 1993. “La historia heredada: Cauces y corrientes de la historiografía puertorriqueña”. *Exégesis* 6(17):40-52.
- Scott, James C. 1990. *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*. New Haven: Yale University Press.

- . 1976. *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*. New Haven: Yale University Press.
- . 1998. *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. New Haven: Yale University Press.
- . 1985. *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven: Yale University Press.
- Silvestrini, Blanca G. 1983. “Perspectivas de los estudios históricos en Puerto Rico en la década de los setenta”. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades* 10:27-54.
- Touchard, Jean. 1999. *Historia de las ideas políticas*. Trad. de J. Pradera. 5ª ed. Madrid: Editorial Tecnos.
- White, Hayden. 1992. *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa el siglo XIX*. Trad. de Stella Mastrangelo. México: Fondo de Cultura Económica.
- . 1986. *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Womack, John, Jr. 2007. *Posición estratégica y fuerza obrera: Hacia una nueva historia de los movimientos obreros*. México: Fondo de Cultura Económica/ El Colegio de México.